



## LOS ROPAJES QUEERS DEL EXTRAÑO AUGUSTO THOMSON/D'HALMAR:

### SOBRE URANISTAS, TOLSTOYANOS Y ORIENTALISMO EN CHILE A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX.

Víctor Mario Rocha Monsalve

**Primer ropaje:** Augusto Goémine Thomson/Augusto G. Thomson/Augusto D'Halmar.

**Segundo ropaje:** fotografía de Augusto D'Halmar y Rafael Valdés en Estambul (1920)

**Tercer ropaje:** “Se sabe que ha llevado el fez de osmanlí en el Oriente de los sultanes y en el Extremo Oriente el turbante hindú, que en España gasta capa y sombrero cordobés en Andalucía, por lo pronto se contentaba con exhibir una cardenalicia peluca blanca, que no me hubiese extrañado lo más mínimo se trocara en rubia melena de paje, o en greña zaina de hombre de mar en la



tierra. De él podía esperarse cualquier desconcertante transformación”. Augusto D'Halmar. *El reportaje que nadie nos hace nunca (un prólogo-epílogo)*, 2 de enero de 1935.

**Cuarto traje:** “Algo... que hasta ahora nadie ha dicho claramente, aunque todos lo saben: el uranismo de D'Halmar, que no lo explica todo, pero sin el cual nada se entiende”. Hernán Díaz Arrieta. *Los cuatro grandes de la literatura chilena del siglo XX*. Editorial Zig-Zag, Santiago, 1963.

**Quinto traje:** “Llamado El Hermano Errante, así con mayúsculas, porque reside una parte considerable de su existencia en el extranjero y es un nómada por vocación y atavismo”. Enrique Espinoza. *Antología de Augusto D'Halmar. El hermano errante*, 1963.

La irrupción del deseo homoerótico y su posibilidad de inscripción en una subjetividad en la sociedad chilena se encuentra vinculada a dos procesos que definirían la experiencia histórica durante la primera mitad del siglo XX. Por un lado, la llamada “cuestión social” con sus discursos de crisis del proyecto estatal ilustrado y, de otro, las nuevas sensibilidades literarias, se constituyeron paradójicamente en el soporte de las fantasías y ansiedades creadas por la modernización, que a su vez coincidieron en la problematización de las fronteras genérico-sexuales y las identidades deseables que debían integrar la comunidad imaginada de la nación. Asociación



limitada y soberana, siguiendo la propuesta de Benedict Anderson<sup>1</sup>, vinculada por medio de lazos fraternales homosociales que dan cuenta de su carácter hegemónico como excluyente frente a lo híbrido y diverso.

Es en este contexto de debates sobre la nación y la ciudadanía como de la incipiente acción productiva de la maquinaria biopolítica sobre los cuerpos de la multitud, en tanto cuerpos patológicos potencialmente subversivos que deben ser regenerados, no debemos olvidar la proliferación de discursos en torno a la raza, la virilidad, la decadencia, el afeminamiento, -entre otros tropos sobre la identidad cuando la figuración del sujeto homosexual masculino se hace más visible a partir de su calidad de signo inestable. De lo que “*no se puede hablar sin repugnancia ni horror*”, pero no se puede callar, de acuerdo a la expresión utilizada por un estudio médico-legal sobre la inversión<sup>2</sup>, lo siniestro, lo reprimido deseante, el secreto a voces, lo abyecto fundante de las reglas de pertenencia al cuerpo social, leyes de inscripción tatuadas por las narrativas médicas entorno al cuerpo sano, masculino y heterosexual.

La visibilidad del cuerpo homoerótico en los discursos de la ansiedad finisecular posibilitó la fijación por medio de las prácticas clasificatorias de la cuidad higienista de unas señas e indicios, en su ilusión delimitadora como fijadora, de un constante devenir identitario a través de la irrupción de un cuerpo oculto, de un deseo silenciado y camuflado. En tanto ficción normativa de la comunidad imaginada se constituyó en el lugar material para el ejercicio de la violencia objetivadora de los discursos de la nación desde sus hablas biomédicas y de los disciplinamientos policiales, pero también, en la posibilidad de construcción de unas subjetividades que apropiándose del carácter performativo de las ficciones somáticas del lenguaje médico y la literatura naturalista tensionaron, utilizando para ello sus cuerpos: espacios por excelencia de la diferencia genérica-sexual, los fundamentos del proyecto nacional desde la parodia, las poses y el exhibicionismo, prácticas desarrolladas bajo el alero de la pasión escotofilica que caracterizaba a la cultura de fin-de-siècle con sus diagnósticos y pánicos<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Benedict Anderson. Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. Fondo de Cultura Económica, México, 1993, págs. 22-25.

<sup>2</sup> Citado en Leonardo Phillips Müller Homosexualidad: estudio médico-legal y social de la inversión. Memoria para Licenciatura en Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, Dirección General de Prisiones, Santiago, 1937, pág. 42.

<sup>3</sup> Sylvia Molloy. “La política de la pose”, Las culturas de fin de siglo en América Latina, Josefina Ludmer (compiladora). Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 1994, págs. 128-136.



El ejercicio biopolítico a comienzos del siglo XX se desplegó en una serie de estrategias de profilaxis destinadas a la contención social como a la despolitización de los sectores populares<sup>4</sup>. El “*arte de conservar la salud i de velar por el bienestar de los gobernados*”<sup>5</sup>, se constituyó en la base de la reforma socio-política que buscaba en el reordenamiento corporal hacer frente a los efectos mórbidos producidos por la “cuestión social” o crisis popular. Por consiguiente, el rol del Estado a través de “*órganos i sus agentes*”<sup>6</sup> debía estar orientado en palabras de Federico Puga Borne, principal representante de la intelectualidad biocientífica y para quien Augusto trabajó como secretario cuando este fue ministro de estado, a la producción disciplinaria y a la reproducción regularizada de la vida del pueblo por medio de la “*dictadura de la higiene*”, principal instrumento que fundamenta esta epistemología de la “política moderna”, en la cual “*la vida*”, tanto en su sentido individual como colectivo, “*no consiste en estar vivo, sino en estar sano*”<sup>7</sup>.

Por medio de la intervención asistencial y legislativa, la élite civil profesional -portadora de los nuevos poderes seculares, entre ellos: el higienismo, la criminología y eugenesia- articuló un renovado pacto de gobernabilidad a través de la gestión sexo-política de los cuerpos de la patria, especialmente de los pobres, el cual tenía por finalidad refundar la unidad nacional desde los lenguajes de la ciencia. Este discurso médico, con sus prácticas y estrategias, se apropió de los cuerpos sexuados en su calidad de “raza chilena”, fuerza viva, fenotipo moral, objeto de estudio, que deben ser normalizados con la finalidad de alcanzar el progreso. Lo masculino, lo femenino y lo disidente comienzan a ser moldeados desde un conjunto de estrategias, tecnologías y dispositivos gubernamentales destinados a racionalizar la vida de la especie por medio de las prácticas de salud, de higiene, de natalidad y de clasificación, prácticas que encuentran en los cuerpos, el deseo y la sexualidad su lugar de intervención.

Es en este contexto, cuando el homoerotismo, especialmente masculino, y abordado como ficción reguladora de la diferencia, en un doble movimiento perverso de figuración y borradura, presencia y ausencia, posibilitó la formulación de la norma erótica del proyecto nacional sancionada por las novelas sentimentales a partir del siglo XIX, pero también posibilitó el nombramiento de una subjetividad que no estaba adscrita a identificaciones nacionales y sexuales naturalizadas, polares y discretas. La reescritura de la nación desde la enunciación de otras identidades espectrales

---

<sup>4</sup> Al respecto, véase a María Angélica Illanes, “Maternalismo popular e hibridación cultural, Chile, 1900-1920”, *Nomadías*. Serie monográfica. N° 1, Santiago, 1999, págs. 185-211.

<sup>5</sup> Dr. Roberto del Río. Primer Congreso de Protección a la Infancia. Imprenta y Encuadernación Universo, Santiago, 1912, pág. 147.

<sup>6</sup> La primera cita pertenece a F. Puga Borne. *Elementos de higiene*. Imprenta Gutenberg, Santiago, tomo 2, 1895, pág. 367. Las siguientes referencias son de Dr. Roberto del Río. *op.cit.*, pág. 147.

<sup>7</sup> F. Puga Borne. *op. cit.*, tomo 1, pág. 13.



y abyectas será una de las principales características que marcará la obra del “raro” Augusto D’Halmar y su propia narrativa biográfica, “por que la patria no es el pabellón, la nacionalidad, el idioma, ni aun el hogar sino, sobre todo y ante todo, la zona propicio, el suelo adecuado, el terruño nativo” (Augusto Thomson. *La novela de los recuerdos, fragmentos de un diario íntimo*, 1904). Este deambular quedará tempranamente plasmado con la publicación de *Juana Lucero* en 1902, primera y única novela de su proyecto serial llamado *Los vicios de Chile*<sup>8</sup>. D’ Halmar al criticar las bases naturalizantes de las identidades nacionales y de las políticas de identidad de género y sexuales que definen epistemologías esencialistas sobre lo anormal y subalterno, lo realiza desde la resignificación de las estructuras discursivas del poder provenientes del saber médico-antropológico presentes en la narrativa naturalista y la retórica orientalista, obsesionado con la delimitación de un sujeto-objeto otro.

A través de distintos desplazamientos coreográficos, poses retóricas y tácticas ficcionales, enmarcadas en el juego constante entre el decoro y la transgresión, D’Halmar va constituyendo un identidad homosexual a partir del subtexto homoerótico que cruza persistentemente sus novelas, mediado por los artefactos culturales dominantes que posibilitan su representación, entre ellos: la recuperación de lo hispánico, el tropo orientalista, el viaje, la homosociabilidad, enfermedad y reinscripción del imaginario clásico. Es en el intento de reescribir las ficciones fundacionales, centrales en la definición de las identidades hegemónicas del proyecto nacional y sus contratos, cuando D’Halmar articula una política de resistencia estructurada desde el (*contra*)discurso, la parodia y los nomadismos, dispositivos de lo torcido *queer* que posibilitan el nombramiento de una identidad homosexual y la construcción de una genealogía erótica disidente, históricamente tachada, nombrada desde el no nombrar, representada desde un cuerpo sin carnalidad, de un espacio fantasmal que “nos dice que somos... lo que no somos” (*Pasión y muerte del cura Deusto*, 1924).

El excéntrico novelista, pero por sobre todo cronista, Joaquín Edwards Bello, en su trabajo de evocación de aquellos hechos que habían marcado su experiencia personal y literaria, recuerda que en una ocasión Augusto D’Halmar le había confesado que una de las cosas que más “lamentaba” del final de su infatigable periplo por Oriente era “no poderse vestir de turco en Santiago”<sup>9</sup>. Esta confesión, sólo posible en el marco de una escritura híbrida como las memorias consideradas un género menor en el canon literario, nos habla de la imposibilidad de Augusto del ser, de aquello que no puede ser en su país, pero también, y de manera estratégica, del potencial

---

<sup>8</sup> En su primera edición en 1902 la novela fue titulada *Los vicios de Chile*. Juana Lucero, en las ediciones posteriores mantuvo el título de *Juana Lucero* o *La Lucero*.

<sup>9</sup> Joaquín Edwards Bello. *Recuerdos de un cuarto de siglo*. Zig-Zag, Santiago, 1963.



placer producido por el travestismo, relacionado con el gozo por lo exótico a través de los ropajes turcos en su calidad de fetiche erótico colonial.

A través de este otro oriental que como cuerpo de la diferencia más radical, res significado por medio de la exuberancia de las extrañas telas del fez de osmanlí del Oriente de los sultanes y del turbante hindú del Extremo Oriente, D'Halmar tensionaba los límites de la una identidad nacional desde una afuera inquietante por medio de una política del deseo hegemónico que le permitía manifestar ese deseo torcido a nivel de la huella y del desplazamiento. La pose orientalista “que le daba cierta semejanza a un joven faquir musulmán” según recuerda uno de sus compañeros fundadores de la Colonia Tolstoyana, Fernando Santiván (*Memorias de un tolstoyano*. Zig-Zag, Santiago, 1955, pág. 1401) y la simulación que significaba “el mudar de disfraz” para Augusto se constituyeron en ese espacio performativo que le permitía manifestar una subjetividad que le incomodaba y atemorizaba pero, que a su vez, tensionaba por medio de la visibilidad artificiosa de la desviación las señas de unas identidades sexuales hegemónicas desde la enunciación de lo reprimido e irrepresentable, ya que como señala el propio D' Halmar “no es pueril exotismo de jugar al mameluco lo que me ha hecho insistir en mi tocado oriental, y sí lo llevo es para conjurar no sé qué obscura suerte de la cual apenas si me atrevo a ocuparme” (*Nirvana. Viaje al Extremo Oriente*. Ercilla, 1935, pág. 106).

El travestismo D'Halmariano entonces se encuentra relacionado con aquello que el propio Augusto define como la “obsesión del yo y del nombre específico”, del deambular de un deseo censurado y tachado que sólo puede ser expresado desde el enmascaramiento del discurso, organizado en una irresoluble tensión entre el ser y el parecer, lo uno y lo otro, lo mismo y lo diferente, lo público y privado, el trazo y la huella. En *El reportaje que nadie nos hace nunca*, suerte de autobiografía y selección estratégica de recuerdos, nos señala: “yo no enuncio, sino anuncio, y todas mis palabras, desprovistas a veces de sentido, escóndenlo doble y son otras tantas anticipaciones” (*Antología de Augusto D'Halmar. El hermano errante*, 1963).

Enunciar desde la mirada en un contante juego de exhibición del propio cuerpo deseante, inscrito en una economía representacional del deseo por medio de los actos corporales, y que muchas veces de manera trágica, no olvidemos que el cura Deusto decide suicidarse para no sucumbir frente a un cuerpo y amor situado fuera de la ley heterosexual, encuentra la posibilidad de desplegarse a modo de susurro, de pactos escriturales, miradas cómplices en un de/venir sinuoso de aparición/desaparición, sueño/realidad, pero que siempre terminan en fatalidad, enrancia, mascarada, desplazamiento, en “la espera de algo que no llega y pensamos que marchando le



saldremos al encuentro” (*Augusto Thomson. La novela de los recuerdos, fragmentos de un diario íntimo*, 1904). De ese “abismo secreto” o “secreto a voces” que hace público en un acto de encubrimiento Díaz Arrieta o Alone, al nombrarlo para condenarlo nuevamente al silencio, a ese espacio a su vez privado y abierto que es el gran closet de la crítica literaria.